

Instituto de Estudios Sociales Avanzados (CSIC)

Documento de Trabajo 94-07

**El corporatismo en las sociedades industriales
avanzadas: veinte años de debates sobre
intermediación de intereses y políticas públicas**

Luis Sanz Menéndez

Instituto de Estudios Sociales Avanzados (CSIC)

Madrid, abril 1994

El corporatismo en las sociedades industriales avanzadas

Veinte años de debates sobre intermediación de intereses y políticas públicas

Luis Sanz Menéndez

Durante los últimos veinte años un lugar, si no común, bastante frecuentado de la sociología política o de la ciencia política, tanto en España como en otros países europeos, ha sido el debate sobre el corporatismo o neocorporatismo ¹. El origen identificable del mismo se puede fijar a mediados de los años setenta, cuando académicos de diversos países (EE UU, Reino Unido, RFA, etc.) coincidieron en recuperar el término, con el objetivo de otorgarle nuevas capacidades heurísticas. Más exactamente, a lo largo de 1974 se difundieron algunos trabajos (Schmitter, 1974; Pahl y Winkler, 1974; Lehmbruch, 1974) que, en opinión de los interesados, significaban un «independiente y simultáneo renacimiento del interés por el corporatismo» (Schmitter, 1979: 1).

Colaborador científico del CSIC en el Instituto de Estudios Sociales Avanzados de Madrid. El autor se ha beneficiado de los comentarios de Clara E. García y Ludolfo Paramio a versiones anteriores del trabajo. Mención especial merece la contribución de David Collier por sus críticas al argumento inicial, que sin duda ha ayudado a matizar, así como por abrir el horizonte de un debate similar en curso, temporalmente anterior, en los estudios latinoamericanos (véase Collier, 1994). Los errores que hayan persistido en este texto, como es natural, son exclusiva responsabilidad del autor.

¹ Aunque en castellano existe una palabra tradicional (corporativismo), el término inglés de *corporatism* se ha traducido por corporatismo, opción que han tomado la mayoría de los trabajos anteriores en la literatura en castellano sobre el tema (véase por ejemplo Pérez y Giner, 1985: 20).

El surgimiento de la problemática neocorporatista parecía señalar el «descubrimiento simultáneo» de nuevos procesos sociales y políticos que transformaban de forma radical la concepción vigente de la naturaleza de las sociedades capitalistas desarrolladas, especialmente en lo que se refiere a las relaciones entre la sociedad civil y el Estado.

El debate que el nuevo concepto contribuyó a definir, ganó rápidamente popularidad en la literatura sobre los países industriales avanzados ². *Comparative Political Studies* dedicaba su primera entrega de 1977, de forma monográfica, al corporatismo. Después vendrían las compilaciones de Schmitter y Lehmbruch (1979), Berger (1981), Lehmbruch y Schmitter (1982) y otras más. Si el uso del concepto se extendió rápidamente, no puede decirse que el debate, en primera instancia, contribuyese a un esclarecimiento del mismo.

El objetivo de este artículo es hacer una revisión de la literatura sobre el corporatismo en las sociedades industriales avanzadas. La aproximación es parcial, por supuesto, porque hoy resulta materialmente imposible hacer una recopilación sistemática de tan ingente producción. Se concentra en la aportación de Philippe Schmitter quien en cierta medida polarizó el debate y se ha convertido en señal de referencia obligada cuando se habla de corporatismo, o como él dice de sí mismo, no sin amargura, en «míster corporatismo» (Schmitter, 1993).

El propósito es evaluar qué se ha obtenido del debate y cuál ha sido la contribución del concepto. Para ello se analizará la evolución de los debates sobre el denominado corporatismo o neocorporatismo. La narrativa que se utiliza es básicamente secuencial: comienza con «Still the Century of Corporatism?» (Schmitter, 1974) y llega hasta «Corporatism is Dead! Long Live Corporatism!» (Schmitter, 1989), dos piezas separadas por quince años.

La descripción de la trayectoria seguida por el concepto intentará vertebrar la exposición; en el análisis del concepto se verán

² No viene mal recordar que el famoso artículo de Schmitter (1974) se publicó como contribución a un monográfico de *The Review of Politics* sobre el corporatismo en América Latina, cuyo título era *The New Corporatism. Social and Political Structures in the Iberian World* (Fredrick B. Pike [comp.]). Una revisión reciente de la trayectoria del concepto de corporatismo en la literatura sobre América Latina ha sido realizada en Collier (1994).

dos aspectos: *a.* su contribución descriptiva (qué delimita y cuáles son las ganancias que se producen con su uso); y *b.* su contribución a la explicación (causas y consecuencias del corporatismo). Sin embargo, la mayor parte de este trabajo, en la medida que pretende servir como introducción al debate, se concentrará especialmente en el primer aspecto; en qué medida el «nuevo concepto» representaba una mejor óptica para comprender la realidad a la que se refería y si la describía con mayor precisión y riqueza, para lo que será necesario establecer cuáles son sus relaciones con otros conceptos dentro de la teoría más general. Asimismo, en el curso de la exposición se analizarán las transformaciones que se han ido produciendo en el campo abarcado por el término.

Implicito en el argumento se encuentra la idea de que el relativo fracaso del debate corporatista se debe a las mismas razones que, hace más de quince años, ayudaron a su éxito. Sus ambiciones macroteóricas, o al menos un cierto descuido en la elaboración de las categorías fruto del estiramiento conceptual, que en su momento contribuyeron a generar la impresión de estar produciendo un concepto general —que permite generalizaciones científicas—, dejaron como fruto meras generalidades —que producen vaguedades— y la oscuridad conceptual. Por otro lado, su relevancia normativa, que entonces ayudó a la rápida difusión del debate, hoy —pasada su importancia coyuntural— contribuye a dificultar los desarrollos construidos con estas categorías.

En el primer apartado de este trabajo se describe la coyuntura de mediados de los setenta que dio lugar al renacimiento corporatista, tanto en las circunstancias económicas y sociales, como sobre todo en sus tradiciones intelectuales y antecedentes más claros. Posteriormente se analizará la delimitación del concepto (Schmitter, 1974) que se considera clásica, aunque hay otras; el alcance real de su enunciado de convertir el corporatismo en un «paradigma alternativo al pluralismo», así como las dificultades derivadas del estiramiento conceptual practicado, y que comenzaron a ser apuntadas por los críticos. En la tercera sección se entra en el análisis de la evolución del concepto, a la que contribuyó decisivamente Lehmbruch, y la delimitación de dos subconjuntos de objetos (*corporatismo*₁ y *corporatismo*₂), cuyas relaciones, por otro lado, nunca quedaron claramente explicitadas. Más adelante se analiza la tendencia a la desaparición

de las formas corporatistas de carácter globalizante en Europa occidental y el reconocimiento de la «muerte» del macrocorporatismo.

CONTINUIDAD Y NOVEDAD EN EL RENACIMIENTO NEOCORPORATISTA

En primer lugar, se comienza pasando revista a la diversidad de usos que se han otorgado al concepto de corporatismo, así como a identificar los orígenes intelectuales de los autores originarios. Posteriormente se verán algunos antecedentes analíticos de los fenómenos corporatistas y del uso de esta categoría. Por último, se analizarán las condiciones que facilitaron la receptividad del entorno hacia el debate.

Los orígenes intelectuales del renacimiento corporatista

Cuando se pretende realizar una cierta evaluación de la contribución del debate, no se puede dejar de señalar la dificultad a la que se enfrenta el analista cuando trata de identificar el objeto específico de la teoría (Wilson, 1983). El corporatismo tiene demasiadas versiones y casi puede decirse que el objeto se ha ido constituyendo en el propio debate, aunque lamentablemente el concepto sigue siendo polisémico.

La variedad dominante identifica el corporatismo con una *forma específica de representación, o más exactamente, de intermediación de intereses*. Ésta era la componente esencial de la interpretación de Schmitter. Su importancia se derivaba del supuesto fracaso de los agentes tradicionales de intermediación y generación de la voluntad política, especialmente los partidos políticos.

Otra interpretación que posteriormente se asoció con la anterior era la que veía, como Lehmbruch, el corporatismo como una forma institucionalizada, un *modelo reconocible de elaboración y de formación de políticas públicas*.

Desde otro campo, Pahl y Winkler interpretaron el neocorporatismo como una *nueva forma de organización de la economía, un sistema económico*, donde el Estado, de una forma burocratizada e intervencionista, dirige y controla las actividades privadas.

Esas tres versiones del corporatismo parecían ser las que, representadas en 1974, habían abierto la puerta al resurgir corporatista; sin embargo, había otras formas de entender el corporatismo tales como, derivada de los análisis de Offe o Streeck, un *sistema específico de relaciones laborales o industriales asociado con la gestión pactada de la política global de salarios*; o la enraizada en las tradiciones marxistas, presente en Jessop o Panitch, que identifica el corporatismo como *un sistema de control capitalista sobre la clase obrera*.

En definitiva los usos que se otorgaban al concepto eran muy variados, con frecuentes solapamientos, dado que cada autor provenía de tradiciones intelectuales y problemáticas, en las que había desarrollado su actividad anterior, muy diversas.

El origen intelectual de Schmitter debe buscarse en sus trabajos sobre la política de los grupos de interés en Latinoamérica, especialmente en Brasil. Su obra *Interest Conflict and Political Change in Brazil* (Schmitter, 1971) es un claro precedente del análisis de las formas corporatistas de representación de los intereses, pero no hay que olvidar que el contexto de su estudio son los regímenes autoritarios de América Latina o la Península Ibérica. Schmitter (1973) define el corporatismo o pluralismo limitado como:

regimentación desde arriba de la representación de los intereses en un conjunto preordenado de categorías jerárquicas; reconocimiento oficial y control sobre las finanzas internas, la selección de líderes y la articulación de demandas; monopolio formal de representación; imposición de una relación simbiótica entre esas asociaciones «semivoluntarias» y la burocracia central [y lo considera una] estructura especializada de la dominación autoritaria [Schmitter, 1973: 191],

junto con otras como la centralización, despolitización o el sistema de partido único.

Lehmbruch había dedicado su actividad anterior a lo que se han denominado democracias de consenso, democracias concordadas o «democracia consociacional» (*consociational democracy*). El análisis comparado tradicional de los sistemas democráticos occidentales, que se hacía con los tipos definidos por Almond, establecía una relación entre la cultura política y la estructura social de un lado y la estabilidad política de otro. Lijphart (1968a) y Lehmbruch (1967) entre otros, llamaron la

atención sobre la existencia empírica de casos atípicos, de democracias fragmentadas pero estables, y definieron una tercera variable para explicar la estabilidad política: la conducta de las elites políticas. Lehmbruch (1967) observó la existencia de modelos no-competitivos de gestión del conflicto en ciertas democracias liberales, tales como Suiza o Austria —Lijphart (1968*b*) estudiaría el caso de Holanda—, que contribuían a la existencia de patrones singulares de surgimiento de las políticas públicas.

Schmitter y Lehmbruch parecían tener algo en común, se dedicaban a la denominada política comparativa o comparada, y habían llamado la atención sobre la existencia de algunos casos anómalos dentro del cuerpo de teorías relacionadas con los grupos de interés en un caso y, en el otro, de las relaciones entre estructura social y estabilidad política de las democracias.

Schmitter (1979) insistió en vincular —aunque sólo por referencia— el ensayo de Pahl y Winkler (1974) al «renacimiento del debate corporatista»; sin embargo, el concepto de corporatismo que proponían no se parecía a los anteriores. Pahl y Winkler escribían en la coyuntura electoral británica de 1974 y afirmaban la indiferencia del resultado de las votaciones para la determinación del curso de acción del nuevo gobierno, de la respuesta a la crisis económica. Según ellos, las razones estaban en que un nuevo sistema económico (corporatismo), caracterizado por la propiedad privada y el control del Estado, se impondría. Además el sistema iría acompañado del reforzamiento del nacionalismo económico (proteccionismo). Todo ello se debía a que era la solución que menores pérdidas producía a la mayoría de los grupos sociales relevantes. Además señalaban un cierto paralelismo con la estrategia económica del fascismo y nacionalsocialismo para salir de la crisis de 1930, e incluso calificaban al corporatismo como «fascismo con rostro humano». El problema central para esa aproximación era la gestión de la crisis, no la conceptualización de la representación de intereses, ni siquiera la elaboración de las políticas públicas de forma concertada, porque esa elaboración —en visión de Pahl y Winkler— correspondería a la burocracia estatal, la representante del interés general.

Afirmando la simultaneidad del «descubrimiento» en diversos países y por diversos autores, Schmitter hacía un ejercicio de humildad; sin embargo, él jugó un papel principal en los primeros debates que, entre 1976 y 1978, se produjeron en di-

ferentes tribunas académicas, y la recopilación de esos debates en Schmitter y Lehmbruch (1979) tuvo, entre otros, el mérito del lanzamiento de la industria editorial sobre el corporatismo, aunque la diversidad de los materiales recogidos en la compilación posiblemente contribuyó a la polisemia reinante.

Schmitter era un comparativista que había descubierto en Brasil, por medio de una larga investigación empírica, unos fenómenos que creyó volver a encontrar, a través de una noticia de prensa de la *Tribune de Genève* (Schmitter, 1993), en la Europa más desarrollada. Él tenía un concepto y pretendió aplicarlo rápidamente a otros sistemas políticos no autoritarios.

Usando la terminología de Sartori (1970), Schmitter llevó a cabo un proceso de trasposición conceptual (*conceptual traveling*), provocando como resultado el estiramiento conceptual (*conceptual stretching*). Pasando a usar el concepto de corporatismo, acuñado para describir regímenes autoritarios, en la Europa democrática sin reducir al mismo tiempo su especificidad, tuvo como resultado una inmediata pérdida de precisión; el concepto era demasiado inclusivo, abarcaba un campo demasiado amplio y, por tanto, contribuía a la confusión. Sin embargo, como fruto de esa definición amplia se abrieron horizontes normativos inesperados, que sin duda ayudaron a la popularización del debate en Europa.

La continuidad en la investigación: antecedentes

Cada uno de los participantes en el renacimiento del interés por el corporatismo tenía sus propias raíces intelectuales pero, además, había antecedentes en la literatura académica, algunos de ellos ciertamente elaborados, como para ignorarlos.

Schmitter (1993) parece verse a sí mismo como el «inventor» del término corporatismo, adaptación de la palabra francesa *corporatisme* al inglés, por el procedimiento de eliminar la «e» final. Sin embargo, la novedad era muy relativa. Con anterioridad el término había sido usado y designaba el campo de fenómenos que posteriormente Schmitter manifiesta haber contribuido a (re)descubrir.

Por ejemplo, en el contexto de la preocupación por analizar la creciente «borrosidad» de la distinción entre público y privado, Andrew Shonfield (1965) utiliza el término *corporatism* en

diversos contextos dentro de su obra, pero con más claridad, al margen de experiencias nacionales concretas (Austria, Italia, etc.), como uno de los variados métodos empleados en planificación económica en la posguerra en Europa occidental, junto con la planificación «indicativa», o el «Estado empresario». Shonfield habla de la «fórmula corporatista de gestión de la economía» donde

los grupos de interés más importantes se sientan a la mesa y son empujados a finalizar una serie de negociaciones sobre su conducta futura, lo que tendrá como efecto mover los acontecimientos económicos por la trayectoria deseada. El plan indica la dirección general en la cual los grupos de interés, incluido el estado en sus diversos atuendos económicos, han acordado que quieren ir [Shonfield, 1965: 231].

Shonfield señala también la proximidad de las teorías corporatistas —se entiende que de gestión y planificación económica— a los conceptos dominantes de gestión de la macro-económica, citando a Keynes como un ejemplo de propuesta corporatista de gestión de la economía. Frente a los primitivos escritores fascistas que dieron al corporatismo su «mala reputación» por su asociación con el Estado unipartidista, Keynes quería *corporations* semiautónomas, para que cuando se produjese el fracaso del *laissez faire* se generase una solución positiva para la sociedad pluralista. En la misma línea pueden verse las referencias al corporatismo en la literatura analítica sobre la gestión de la economía y la planificación en Francia, con especial referencia a la «participación» (Cohen, 1969).

En el centro de la ciencia política hay otros usuarios precoces del término schmitteriano. El primer número de *The American Political Science Review* correspondiente a 1956 comenzaba con un artículo de Samuel H. Beer, de la Universidad de Harvard, sobre grupos de presión y partidos en Gran Bretaña. La sección segunda del mismo se titulaba «Quasi-corporatism and the Structure of the Welfare State» y, en ella, Beer daba cuenta de la estrecha asociación de los intereses privados con el gobierno —que alcanzó su máximo durante la segunda guerra mundial— que caracteriza como un sistema de cuasicorporatismo «que permite que ningún grupo organizado importante esté sin canal de influencia y participación real en la toma de decisiones» (Beer, 1956: 7). Beer sugería además que la estructura

centralizada y el gobierno de gabinete eran parte del marco dentro del cual los grupos de presión británicos operaban.

También Harry Eckstein, en su estudio sobre la British Medical Association, en el capítulo teórico sobre «la política de los grupos de interés» utiliza como fluidez el término corporatista/corporatismo. Para hablar de las relaciones entre grupos y gobierno fijaba dos polos opuestos (según intimidad y facilidad) entre consultas y negociaciones. Entre las estructuras que favorecían a la última se apuntaba cómo la «negociación demandaba la concentración de la autoridad en ambos lados» (Eckstein, 1960: 23), así como una cierta autoridad discrecional por parte de los negociadores. Además señalaba la existencia de «actitudes sociales» favorables a la negociación, tales como las corporatistas —en favor de la representación funcional— que contribuían, en Gran Bretaña, a la «frecuente insistencia normativa de negociaciones entre gobierno y asociaciones “voluntarias” en asuntos de políticas públicas» (Eckstein, 1960: 24).

Incluso autores pluralistas clásicos como Rokkan, en el contexto de un estudio de política electoral de Noruega —a la que caracteriza como «pluralismo corporativo» (*corporate pluralism*)—, advierte de los peligros, para la democracia electoral, de «esos sistemas complejos de toma de decisiones interdependientes donde los representantes pueden quedar atados en círculos encantados de negociadores y administradores y devenir inmunes a las comunicaciones de la gente común» (Rokkan, 1966: 114). El propio Dahl, en las conclusiones del mismo libro, hablaba del pluralismo organizado y constataba cómo el desarrollo crea rivales al poder del Parlamento, de modo que «la evolución de las negociaciones a escala nacional entre empleadores, sindicatos y otros intereses ha conducido a un proceso de toma de decisiones económicas y sociales de gran importancia, sobre el cual el Parlamento y frecuentemente el poder ejecutivo ejercen escaso control» (Dahl, 1966: 396), lo cual resultaba ser la fuente de ventajas y peligros del pluralismo organizado y las negociaciones nacionales (*organized pluralism and national bargaining*).

También Theodore J. Lowi (1969), que en su seminal *The End of Liberalism* apuntaba, entre otras cosas, al corporatismo como uno de los posibles candidatos a sustituir al liberalismo de los grupos de interés. Y recordaba los precedentes de prácticas de esta naturaleza en EE UU, por ejemplo, en el período del *New Deal*.

No parece razonable, por tanto, atribuir a la «generación del 74» ni la invención del concepto, ni la delimitación de los hechos a los que se refería. El término venía siendo usado en la literatura sobre política comparada en los países avanzados, y se refería a realidades diversas, tales como el acceso privilegiado, las negociaciones tripartitas, e incluso se había fijado como condición de posibilidad la previa existencia de una fuerte centralización en la representación de intereses.

Sin embargo, nadie puede negar a Schmitter el mérito de difundir y comercializar la idea de la existencia de un programa de investigación corporatista, en un ambiente que buscaba encontrar modalidades de gestión de la crisis económica.

Factores de éxito en el renacimiento corporatista

Explicar los factores que contribuyeron a la receptividad del *revival* corporatista exige pensar en su potencial normativo más que en su potencial analítico. La coyuntura socioeconómica ofrecía un marco que favorecía la atención sobre estos temas, a la vez que la situación de la investigación sociopolítica ayudaba a generar los necesarios empresarios académicos.

Los esquemas corporatistas constituyen «potenciales sociopolíticos de regulación» y Offe (1988) señala explícitamente «la estrecha relación que guardan los resultados de tales polémicas e investigaciones con la teoría política normativa y la concepción de la teoría de la democracia»³. Esta vinculación entre lo normativo y lo explicativo ha estado presente desde el comienzo del debate, lo que ha contribuido, sin duda, a la relevancia pública del mismo, y a su declive cuando la «solución» corporatista comenzó a desaparecer como práctica y quedó confinada en un reducido número de países.

La coyuntura de crisis económica abrió la puerta, en primera instancia, a la búsqueda de soluciones concertadas. Pero también la academia, que ya había llamado con anterioridad la atención sobre esos fenómenos, ofreció algo esencial en la construc-

³ En el terreno normativo sobre el corporatismo, especialmente todo lo que se relaciona con su deseabilidad y/o compatibilidad con la democracia, véase Schmitter (1983).

ción social del interés: empresarios académicos, deseosos de desafiar las formas dominantes de abordar los problemas.

Por otro lado, la atención hacia el desarrollo de «nuevas» formas de interacción entre los grupos de interés y los gobiernos en las democracias industriales avanzadas hay que verla, no tanto como una revolución teórica —la construcción de un nuevo paradigma—, sino como el resultado de la aplicación de modelos y conceptos disponibles a realidades que, por sus implicaciones normativas para la gobernabilidad de una sociedad sometida a la recesión y la crisis económica, llamaban más la atención.

Algunos sociólogos y filósofos de la ciencia describen el funcionamiento de la misma, como el resultado de la operación de una «mano invisible» (Polanyi, 1962); uno de los factores esenciales del funcionamiento de la «república de la ciencia» consistiría en la «búsqueda de originalidad», un factor que estructuralmente empuja a la disidencia.

En los años cincuenta se había desarrollado en el análisis político norteamericano una «revolución». Sin duda, Easton contribuyó a definir el objeto de análisis de los científicos políticos (los sistemas políticos), pero en el marco de esa revolución también había un grupo de «jóvenes turcos» (Eckstein, 1992), del que luego salieron unas cuantas buenas carreras académicas. Los jóvenes sabían lo que querían derribar (una concepción de la política comparada que no era comparada; una visión estática de lo político; un enfoque legalista-constitucionalista; etc.), sin embargo, nunca tuvieron claro qué orden poner en su lugar. En palabras de Eckstein, se pasó del 1789 al Termidor, pero nunca hubo un Imperio o una Restauración, esto es «el retorno a la normalidad». Así, la situación de la profesión, en la academia americana podría ser descrita como «convulsionada» (Eckstein, 1992) o como una «disciplina dividida» (Almond, 1990). Era un ambiente intelectual propicio para los buscadores de «revoluciones paradigmáticas». Más tarde una nueva generación de «jóvenes turcos» surgió y parecían entender que la política comparada «necesitaba» otra revolución que produjese un nuevo paradigma, la nueva gran teoría (la explosiva combinación de Kuhn y Parsons).

La promoción de la innovación necesita siempre de emprendedores; al igual que las revoluciones necesitan empresarios políticos (Skocpol, 1979), las que aspiran a revoluciones teóricas podemos decir necesitan empresarios académicos que definan

nuevos conceptos y fijen sus relaciones con otras categorías dentro de las teorías. Empresarios de éstos había en casi todos los terrenos, y uno de los terrenos de emergencia era la organización de los intereses. Susan Berger (1981) intenta resumir las nuevas asunciones que habían guiado la búsqueda frente a los «viejos» análisis: 1. los intereses no son algo dado; 2. qué hacen y qué funciones juegan los grupos de interés en el sistema; y 3. cuál es el impacto de los grupos de interés sobre el bienestar político y económico. Almond (1983), representante de la tradición desafiada, señala que esas preguntas estaban ya en el programa de investigación que de forma amplia denomina pluralismo, y acusa a Berger y sus colegas de «amnesia profesional».

Otros (por ejemplo, O'Sullivan, 1988), para explicar la aceptación del corporatismo, prefieren hablar de la creciente insatisfacción con los modos dominantes de analizar la política (el pluralismo y el marxismo) a finales de los años sesenta. No parecía razonable admitir la neutralidad del gobierno, que quedaba reducido a una arena de la competencia entre grupos sociales —caracterizados por similares capacidades de acceso—, tal y como planteaban los primeros pluralistas. Y tampoco el marxismo, como corriente antisistémica, parecía capaz de comprender las relaciones entre orden social capitalista y orden político democrático ⁴.

Sin embargo, aunque el clima de fragmentación de la disciplina podía explicar la rápida adopción del nuevo credo, la clave de la rápida difusión del debate corporatista está en la situación de Europa occidental. La crisis y recesión económicas se habían desatado y el recuerdo de los conflictos sociales de finales de los sesenta y principios de los setenta en Francia, Alemania, Italia, etc., estaba muy fresco. La preocupación central, que el ensayo de Pahl recoge con absoluta claridad, era la búsqueda de soluciones a la crisis, a la vista de los problemas de «governabilidad», «sobrecarga de las democracias», «desbordamiento», etc. Ante el aparente «desorden», no parecía insensato volver la cabeza al funcionamiento de un grupo de democracias europeas, generalmente construidas en sociedades muy fragmentadas, pero que resultaban políticamente estables. Las «soluciones» corpo-

⁴ El debate entre Poulantzas y Miliband, a finales de los sesenta y principios de los setenta, es un claro ejemplo de la búsqueda de soluciones.

ratistas parecían garantizar la estabilidad y la negociación de la salida a la crisis. Estabilidad y la supuesta eficacia en la resolución de los problemas parecían atraer la atención. Esta primacía de lo normativo encaja con el argumento de Streeck (1993) que señala cómo hasta mediados los ochenta estuvieron en marcha «experimentos» de concertación nacional, dentro de los sistemas corporatistas de relaciones industriales y que sólo tras el desarrollo, con aparente éxito, de otras soluciones (las neoliberales), estos ensayos comenzaron a ser abandonados.

LA REPRESENTACIÓN DE INTERESES: ¿MONOPOLIOS O COMPETENCIA?

El impacto de los nuevos teóricos del corporatismo se debía, en parte, a que llamaban la atención sobre la emergencia en las sociedades capitalistas avanzadas de un supuesto nuevo orden (ni competitivo, ni voluntario y con un activo papel del Gobierno) y, a la vez, lo identificaron en algunos países, que se habían convertido en la avanzadilla de las nuevas tendencias.

Aquí se analizará, en primer lugar, la definición tradicional de corporatismo y sus relaciones con otros tipos ideales de sistemas de representación de intereses. Se verá en qué medida es «un paradigma alternativo al pluralismo»; mientras que en el campo de la teoría no lo es, sí que puede interpretarse como tal en el campo de lo normativo. Se pasará revista a algunas de las críticas que se realizaron contra la definición del concepto y la confusión de los niveles de análisis. Por último, se entrará en la aportación de Lehmbruch a la reorientación conceptual del debate.

Intermediación de intereses: el corporatismo y sus variedades

Schmitter parte de una constatación: la existencia de una gran diversidad, en los modelos históricos y contemporáneos, en las formas que adoptan los modos de intermediación de los intereses. Éstos,

difieren considerablemente en el número y amplitud de las unidades que los componen, en el grado de voluntariedad y superposición en los

miembros, en la amplitud de la jerarquía centralizada dentro del campo de los intereses, en la importancia de *jure* o *de facto* del reconocimiento de las autoridades del Estado, en el grado en el cual están sujetos a controles formales o informales en la selección de líderes o en el acuerdo respecto a los límites en los modos de articulación de intereses, y, finalmente, en el grado en que demandan o aceptan la ejecución de tareas gubernamentales cuasipúblicas [Schmitter, 1977: 8-9].

Sin embargo, esas dimensiones no están aleatoriamente distribuidas, se encuentran configuradas en un número finito de tipos ideales de las relaciones entre Estado y asociaciones de intereses. Corporatismo o pluralismo no son los únicos sistemas de representación de intereses, aunque sí los más significativos. Existen varios modos posibles de intermediación: sindicalismo, pluralismo, corporatismo y monismo, que se caracterizan por una magnitud diversa en las variables señaladas: cantidad de asociaciones, monopolio representativo, reconocimiento por parte del Estado y modo de operar. Tras describir la diversidad de modos de intermediación posibles se pasa a la elaboración, como tipo-ideal, del concepto de corporatismo —una de las modalidades de intermediación de intereses— caracterizada por la existencia de pocas unidades, de monopolio representativo y reconocimiento por parte del Estado. Después se afirma que esta forma de intermediación existe en diversos lugares y épocas: Brasil, Portugal, España, Austria, Suiza, etcétera.

En este contexto, la descripción o definición del concepto de corporatismo se convierte en una operación central. El corporatismo es:

un sistema de representación⁵ de intereses en el cual las unidades constitutivas están organizadas en un número limitado de categorías singulares, obligatorias, no competitivas, jerárquicamente ordenadas y funcionalmente diferenciadas, reconocidas o autorizadas [si no creadas] por el Estado, y a las que se ha otorgado un monopolio deliberado de representación dentro de sus respectivas categorías, a cambio de observar ciertos controles en la selección de líderes y en la articulación de las demandas y apoyos [Schmitter, 1974: 93-94].

⁵ Cuando Schmitter (1977) cita literalmente su trabajo de 1974, sustituye la palabra «representación» por «intermediación». (Daré cuenta de esta modificación posteriormente, señalando que la idea de representación parece incluir reflejo, mientras que la de intermediación incluye reprocesado.)

El corporatismo, como sistema de representación de intereses y/o actividades, es un mecanismo particular que conecta los intereses de la sociedad civil, organizada asociativamente, con la estructura decisional del Estado; el argumento se concentra en las asociaciones, en su papel como intermediarios y condicionantes de sus asociados.

Frente a esa definición, el concepto de pluralismo puede verse como:

un sistema de representación de intereses en el cual las unidades que lo constituyen están organizadas en un número indefinido de múltiples categorías, voluntarias, competitivas, no ordenadas jerárquicamente y autodeterminadas [como tipo o amplitud de los intereses], que no son especialmente otorgadas, reconocidas, subsidiarizadas, creadas o, por otros medios, controladas en la selección de líderes o en la articulación de intereses por el Estado y que no ejercen una actividad de monopolio representativo dentro de sus respectivas categorías [Schmitter, 1974: 96].

Intentando eliminar la connotación fascista del término, insiste en que el sistema de representación de intereses (y el corporatismo) no debe ser confundido con el sistema amplio de dominación política, dado que:

el proceso de capturar, organizar y articular las demandas de la sociedad civil así como el de recibir, interpretar y también aplicar las «coordinaciones imperativas» del Estado es sólo una parte del proceso político y, por tanto, sólo inteligible, en propósitos y consecuencias, cuando se consideran en relación con otros subsistemas políticos y las configuraciones globales del régimen. [El corporatismo, como] tipo ideal de acuerdo institucional para ligar los intereses organizados asociativamente de la sociedad civil con las estructuras decisionales del Estado, [es] un sistema general de representación de intereses, compatible con muchos tipos de regímenes [Schmitter, 1974: 92].

Este intento de relacionar las modalidades de representación con los regímenes políticos, le lleva a establecer los «subtipos o variedades» del corporatismo social y estatal, en función de que la iniciativa surja desde la sociedad o del Estado, de forma voluntaria u obligatoria. El corporatismo social sería, en este planteamiento, la componente característica del Estado del bienestar, de los regímenes democráticos y del capitalismo avanzado. Posteriormente (Schmitter, 1977), esta caracterización de los

subtipos o variedades (sociales y estatales) se extenderá a los otros modos de intermediación, apareciendo tipos ciertamente pintorescos, tales como el «sindicalismo estatal», el «pluralismo estatal», etc. Lo que podía haber sido un simple intento por definir la génesis de diversas modalidades de relación entre regímenes políticos y formas de intermediación de intereses, pasará a ocupar una posición central en la definición de los subtipos de corporatismo ⁶.

Algunos de los críticos de Schmitter (Cox, 1981) señalan cómo este desarrollo del esquema corporatista llevará a una contradicción, dado que, en última instancia, la definición de corporatismo social entra en conflicto con la propia definición genérica de corporatismo. El aspecto esencial obviado es si el tipo de relaciones entre los grupos de interés y el Estado están caracterizadas por el control. Si, en el corporatismo social, los grupos de interés controlan el Estado, ¿dónde queda la definición «genérica» de corporatismo en estos casos? Por otro lado, Birnbaum (1982) señalaba su percepción de cómo el concepto de corporatismo societal parecía referirse a «sistema político», mientras la idea de «Estado» en general parecía cuadrar más con el corporatismo estatal.

¿Un paradigma alternativo al pluralismo?

El modelo corporatista que propone Schmitter (1974) no pretende apuntar hacia un nuevo sistema económico ⁷ o una vía entre capitalismo y socialismo; su concepto, un tipo ideal, afirmaba pretender, «más allá de describir la conducta de un cierto número de sistemas políticos [...] ofrecer a los analistas políticos una explícita alternativa al paradigma de los intereses que ha dominado completamente la disciplina de la ciencia política nor-

⁶ Una visión más interesante de cómo desagregar el concepto podría haberse desarrollado a través de la diferenciación entre *inducements vs constraints* (Berins Collier y Collier, 1979). Esta perspectiva podía haber ayudado a definir unas relaciones Estado-grupo más interactivas.

⁷ Éste podría ser el caso de los argumentos de Pahl y Winkler (1974) y Winkler (1976) que sugerían que el corporatismo sería un sistema económico en el cual el Estado dirigiría y controlaría las empresas, predominantemente privadas. Una crítica de este planteamiento puede encontrarse en Westergaard (1977).

teamericana: el pluralismo» (Schmitter, 1974: 75). Posteriormente, redujo su verbalismo y lo definió como una «problemática alternativa» (Schmitter, 1977). Quizá sería más exacto decir que, como él mismo señalaba, era un «modelo alternativo de las relaciones entre asociaciones representativas y el Estado», que mayoritariamente se veían y conceptualizaban a través de las ideas pluralistas de competencia y voluntariedad.

Pero, ¿significaba esta aproximación una ruptura o revolución paradigmática respecto al modo de pensar la política de intereses o el diseño de política públicas en Europa occidental? La opinión que aquí se sostiene es que no, al menos si otorgamos al término paradigma el sentido kuhniano. La verbalización de los deseos de Schmitter de ruptura con el pluralismo no puede entenderse más que como una forma de repensar los problemas, pero desde dentro del paradigma pluralista. Quizá, como parte del *marketing* para trasponer el concepto, Schmitter (1974) cometió el desliz de utilizar un término —paradigma— con una carga significativa importante (aunque lo sea con los ejemplares de paradigma que Kuhn ofrece referidos a las ciencias físicas), definiendo el corporatismo «como paradigma alternativo al pluralismo», aunque aplicado a la forma de conceptualizar las relaciones entre los grupos de interés y el Estado. Esto generaría un problema terminológico.

El análisis del concepto (Collier, 1994) lo sitúa de forma nítida dentro de la jerarquía conceptual por debajo de otro, el de representación de intereses, que a su vez incluye otros conceptos como el de pluralismo. La teorización parecía referirse a un concepto subordinado dentro de la política de intereses, no era una teoría global, en el sentido analítico al menos. Por otro lado, el propio Schmitter (1974) había señalado una relación de las «asunciones básicas que comparten pluralismo y corporatismo».

Un cambio paradigmático hubiera sido, quizá, el abandono de la óptica de «los grupos de interés» por la de «las clases sociales»; ésta era una de las críticas que los autores más vinculados al marxismo hacían a Schmitter por continuar dentro del paradigma pluralista. Sin embargo, esa manifestación de intenciones de Schmitter ha dado mucho que hablar y algunos (véase Pardo, 1987) se han llegado a interrogar sobre el corporatismo como «paradigma alternativo de la sociología política».

¿Cuál era en definitiva el campo que pretendía abarcar el

corporatismo? Si no era llegar a un nuevo paradigma en el sentido kuhniano, ¿de qué se trataba?, ¿de definir simplemente un nuevo concepto?, ¿de desarrollar una teoría?... Las intenciones del modelo corporatista parecían claras (Nedelmann y Meier, 1977): 1. Rechazar el modelo pluralista por ser empíricamente inadecuado y no responder a la realidad, y 2. construir el modelo corporatista en el mismo nivel de análisis que el pluralismo.

El corporatismo como tendencia histórica a la desaparición del pluralismo

Aunque el corporatismo no era una teoría (un conjunto de conceptos con relaciones lógicas entre sí y dónde éstas tienen un contenido empírico) fijaba unos instrumentos conceptuales (definiciones, variables, etc.) que servían como heurística y actuaban como enunciados orientativos de qué investigar y cómo hacerlo.

El corporatismo pretendía ofrecer explicaciones (operaciones a través de las cuales se responde a interrogantes-preguntas sobre hechos empíricos) sobre las causas y consecuencias del mismo, e incluía también un conjunto de predicciones. Éste era el auténtico campo de conflicto con el pluralismo, el que se establecía en el terreno normativo cuando los teóricos corporatistas preveían la desaparición de las formas pluralistas, competitivas, de representación de intereses.

Schmitter (1974: 107) observa una tendencia irreversible a la expansión del corporatismo en las sociedades modernas. Las dos vías que se perfilan son la evolución del pluralismo hacia el corporatismo social y el colapso del naciente pluralismo en corporatismo autoritario. Eso sí, el paso del corporatismo estatal al social se hace a través del pluralismo, dado que la evolución desde el pluralismo al corporatismo se asume como dada. Parece existir, por tanto, una ley evolutiva hacia el corporatismo, aplicable a los diversos tipos: social («imperceptible decadencia del pluralismo») y estatal («rápido y visible colapso del pluralismo naciente») ⁸.

⁸ En este terreno se mueve la aportación de Pérez y Giner (1985), que de

Para hacer inteligible su enunciado, la tendencia a la expansión corporativa, da por asumido la mayor eficacia competitiva de los Estados corporatistas y se plantea la necesidad del corporatismo para el capitalismo (automatismo funcional). De hecho asumía «como macrohipótesis [que] la corporatización de la representación de intereses está en relación con los imperativos básicos o necesidades del capital para reproducir sus condiciones de existencia» (Schmitter, 1974: 107). Aunque, eso sí, se reconocía que los imperativos son distintos según la diferente estructura de conflicto de los intereses de clase.

Poco más tarde Schmitter (1977: 18) reconocería que la hipótesis era «sobrepredictiva»; sin embargo, este tipo de predicciones que parecían expresar el poder del modelo se basaban en lo que Schmitter (1973) denominaba su manía por introducir «macroespeculaciones», en este caso inducidas en la práctica del *conceptual travelling*. La trasposición del concepto parecería útil, dada la carga normativa de la idea de corporatismo para la solución «negociada» de la crisis de mediados de los setenta. Por su lado, Schmitter «especulaba», intentando replicar otros modelos exitosos (por ejemplo, Moore Jr., 1966), sobre trayectorias de desarrollo distintas y sobre las modalidades de paso de un estado de desarrollo a otros, para llegar a resultados similares.

Las críticas sobre el concepto y los niveles de análisis

Con el ascenso en popularidad del corporatismo llegaron también las críticas desde los más diversos ángulos. Por ejemplo, en relación con la construcción del concepto, Almond (1983) señalaba que uno de los problemas conceptuales, además de las dificultades de medición y operativización, era la confusión en la definición de Schmitter entre «las propiedades estructurales» (las capacidades de los grupos fuertemente organizados de interaccionar bajo los auspicios del gobierno) y los «productos o propiedades de las políticas» (negociaciones de diversas políticas públicas). También Cohen y Pavoncello (1987) critican el con-

hecho reivindican para sí el descubrimiento de la «ley de la corporatización creciente» en un trabajo anterior (Giner y Pérez, 1979).

cepto de Schmitter que establece claramente lazos causales entre las «formas institucionales» y las «relaciones de poder» entre Estado y grupos de interés. Afirman que no puede conjeturarse que el otorgamiento de monopolio por parte del Estado sea condición suficiente de control y sostienen la hipótesis de que la presencia o ausencia de control es compatible con la presencia o ausencia de monopolios, por lo que proponen reducir la definición de corporatismo, y lógicamente la de pluralismo, a los aspectos institucionales; de ese modo, los flujos de poder serían cuestiones empíricas más que ontológicas.

Estas críticas parecían señalar que para avanzar en el conocimiento del fenómeno corporatista era necesario separar la cuestión de la distribución del poder entre el Estado y la sociedad, de los arreglos institucionales concretos.

En cuanto a las relaciones del concepto con otros conceptos, Crouch (1979) critica la ausencia de explicitación del tipo de relaciones entre características significativas de la realidad, por ejemplo entre la estructura social y la formación de asociaciones de interés (¿grupos funcionales, clases sociales, ocupacionales, etc?) y la ausencia de explicación de por qué el Estado responde a las necesidades del capital. Sin embargo, Crouch (1983) admite la existencia de una distinción crucial entre pluralismo y corporatismo en las «constricciones y la disciplina que las organizaciones de interés imponen a sus propios miembros».

En definitiva gran parte de los problemas conceptuales del modelo corporatista original proceden de la confusión entre niveles de análisis (Alford y Friedland, 1985), dado que pretende centrarse en el nivel de la «teoría del Estado», las relaciones entre Estado y sociedad civil, mientras que el nivel adecuado para el estudio de los fenómenos corporatistas parece ser el de los «arreglos institucionales». En esta misma línea, respecto a las definiciones de nivel macro se afirma que no dejan mucho espacio *for the more and the less* (Crouch y Dore, 1990: 2), por lo que se propone abandonar el término corporatismo para usar el de «arreglo corporatista».

En esta línea, pero desde el campo opuesto, también se ha señalado que «en su uso original, neocorporatismo reemplazaba a pluralismo como efectivo resumen de la descripción de los sistemas políticos» (Jordan y Richardson, 1987: 89). Desde esa visión la propuesta inicial de Schmitter sólo se entiende si se asume que es una reflexión orientada al análisis de la «forma

política del Estado» (Cox, 1988a⁹, b) y se plantea en un terreno abstracto y especulativo. De este modo se podría entender la voluntad expresada por Schmitter de que la alternativa al modelo pluralista quedaba referida no sólo a «una configuración institucional diferente en las relaciones entre asociaciones de intereses especializados y el proceso político, sino también a una forma diferente de conceptualizar el papel y la importancia del Estado» (Schmitter, 1977: 4).

La crítica de Lehmbruch a Schmitter

Quizá el planteamiento fundacional de la empresa corporatista pudo pecar de cierta confusión conceptual y de una fuerte tendencia a la especulación; sin embargo, otras aproximaciones más realistas acudieron en ayuda de Schmitter, aunque previamente procedieron a criticarle. La fórmula originaria de Schmitter fue criticada por Lehmbruch (1977: 94) al señalar que en la definición de intermediación de intereses (para diferenciar del sindicalismo y pluralismo) se había quedado dentro de la estructura del modelo *input-output* de Almond-Powell, aunque únicamente constituía o constituye un *input* (encaja más con presión).

La primera aportación de Lehmbruch (1974)¹⁰ parece entroncar y ser complementaria pero contiene diferencias relevantes, tal y como el propio Schmitter reconocerá (Schmitter, 1979: 4). El análisis de Lehmbruch centra el corporatismo en el terreno de las estrategias concertadas y lo relaciona con un tipo de régimen político singular, las democracias consociacionales, en el cual las elites desarrollan conductas tendentes al establecimiento del consenso y cooperación. Desde este punto de vista las democracias consociacionales pueden verse como el «corporatismo de los partidos». Así, Lehmbruch define el corporatismo liberal, fundamentalmente, como «un tipo de participación en la definición de la política pública», una forma especial de participación a través de grandes grupos organizados.

Lehmbruch contribuirá al proyecto corporatista, dotándole de más inteligibilidad y reorientando la visión del corporatismo.

⁹ En este número de *Zona Abierta*.

¹⁰ Se trata de un trabajo presentado al IPSA Roundtable on Political Integration en 1974 pero que, sin embargo, fue publicado por primera vez en Schmitter y Lehmbruch (1979).

El Estado, en los sistemas corporatistas, no sólo se limita a «reconocer o autorizar» u «otorgar el monopolio» por un lado, y ejercer el «control» sobre la selección de liderazgos o articulación de demandas [o apoyo] por el otro. [El] corporatismo es más que un peculiar modelo de articulación de intereses, es un modelo institucionalizado de formación de políticas en el cual grandes organizaciones de intereses cooperan con otras y con las autoridades públicas no sólo en la articulación [o incluso en intermediación] de intereses, sino —en su forma desarrollada— en la «asignación autoritaria de valores» y en la implementación de tales políticas [Lehmbruch, 1977: 94].

Es esta interpenetración de las burocracias estatales y de las grandes organizaciones de interés la que hace que el concepto tradicional —liberal o pluralista— de la representación de intereses aparezca como inadecuado, cosa que ya se había señalado con anterioridad ¹¹.

Por otro lado, Lehmbruch introduce la reflexión sistemática sobre las «condiciones de viabilidad» del corporatismo, resaltando de forma clara la historicidad del desarrollo del fenómeno. Frente al horizonte de un desarrollo corporatista universal —garantizado por su funcionalidad, tal como planteaba Schmitter— Lehmbruch duda sobre su futuro y liga éste a las explosiones sociales de finales de los sesenta y principios de los setenta, y a las perspectivas de desaparición de las causas que contribuyeron a la democracia consociacional.

MONOPOLIOS DE REPRESENTACIÓN DE INTERESES Y PARTICIPACIÓN EN LAS POLÍTICAS PÚBLICAS

La situación del debate, a finales de los setenta, no parecía muy clara y se explicitaba que

se ha producido una tendencia creciente a ver esas estructuras corporativas particulares, no representando nuevos elementos parciales dentro de los sistemas económicos y políticos existentes, sino que, como la ideología corporatista reclamó una vez, serían nuevos sistemas económicos y/o políticos, por su propio derecho [Panitch, 1980: 161].

En esta situación, el intercambio con Lehmbruch permite revisar la formulación original del corporatismo. En el segundo

¹¹ Véase *supra* subepígrafe *La continuidad en la investigación: antecedentes*.

de los volúmenes editados conjuntamente (Lehmbruch y Schmitter, 1982), este último, en un artículo sintomáticamente titulado «Reflexiones sobre adónde ha ido la teoría del neo-corporatismo y sobre adónde podrá ir la praxis del neo-corporatismo» reconoce que «la discusión sobre el neo-corporatismo toma un nuevo curso»¹² (Schmitter, 1982: 259). Como los cambios que introducía eran relevantes consideraba que se había revitalizado la empresa corporatista y concluía con un mensaje de optimismo, dado que «el neo-corporatismo permanece aún entre nosotros y es probable que permanezca» (Schmitter, 1982: 278).

En esta sección, en primer lugar, se analizará la delimitación entre corporatismo y concertación. Después se verán las preocupaciones sobre el futuro de las formas corporatistas, así como las relaciones del corporatismo con el Estado. Por último, se pasará revista a la reorientación hacia el análisis empírico y la interpretación del corporatismo como estrategias estatales contingentes.

Corporatismo y concertación: macro y meso

Schmitter realizó un esfuerzo de esclarecimiento conceptual, tras constatar la confusión existente en las definiciones que se habían dado. Para ello define dos ideas básicas: *corporatismo*₁ —para el que reserva el nombre de corporatismo— como «modo distinto de organizar los conflictos funcionales de intereses —ya estén basados en clases sociales, sectores económicos o estatus profesionales—» y *corporatismo*₂, al que denomina concertación, y que es el «modo distinto de hacer y aplicar la política

¹² En todo caso insistía en lo que consideraba los «elementos que constituían una suerte de revolución paradigmática» (Schmitter, 1982: 260), tales como el reconocimiento y constatación de: 1. La existencia de monopolios de representación de intereses. 2. El surgimiento de jerarquías en las asociaciones que subordinan y coordinan. 3. La voluntariedad no siempre es real. 4. Las asociaciones reprocessan y contribuyen a identificar y formar los intereses. 5. Las asociaciones transmiten y gobiernan a sus miembros. 6. El Estado es un elemento activo en el apoyo/control de asociaciones. 7. Las asociaciones no son siempre autónomas y externas al Estado, sino que son heterónomas (sometido su desarrollo a) respecto a las autoridades y pueden cooperar en la definición de las políticas públicas.

pública —ya sea en el campo de las rentas, u otro». La propuesta de Schmitter supone asumir la integración del enfoque de Lehmbruch, señalando además la existencia de «compatibilidad estructural o afinidad efectiva entre corporatismo y concertación, y entre pluralismo y presión» (Schmitter, 1982: 263), así como de una secuencia temporal entre *corporatismo*₁ y *corporatismo*₂.

Esta redelimitación fue criticada (Wilson, 1983) por dejar sin definir el tipo de relaciones que los conceptos de *corporatismo*₁ y *corporatismo*₂ establecían entre sí. La evidencia demostraba que se encuentran países donde no hay formas corporatistas de representación y, sin embargo, hay pautas corporatistas de formulación de políticas (o concertación).

Por otro lado, si la separación entre corporatismo y concertación sirvió para facilitar la operativización de los conceptos, también sería criticada tanto por pluralistas (Cox, 1988a¹³, b) como por neocorporatistas (Cawson, 1988, 1989¹⁴). Para los primeros el cambio significaba la desaparición de las diferencias con el pluralismo, dado que el corporatismo pasaba a ser una variedad empírica del mismo; para los segundos corporatismo y pluralismo podían existir juntos si el «Estado era dual».

En todo caso, Schmitter estaba más lejos de su primera preocupación, la estructura de intermediación organizada de intereses, pasando el análisis al proceso de formación de políticas y de su implementación. Su enfoque se desplaza hacia el análisis de las condiciones de posibilidad y de los términos del intercambio entre Estado y asociaciones de interés.

A la vez confirma que «los esfuerzos iniciales para definir las propiedades distintivas del corporatismo y especular sobre sus orígenes y causas» (Schmitter, 1982: 259) se posponen, para desplazar el análisis hacia un foco empírico, medir su presencia y valorar sus consecuencias. Sin una definición muy ajustada de los conceptos se lanzaba a la operativización, a la medición de los fenómenos corporatistas, cosa que ya había comenzado anteriormente (Schmitter, 1981).

Lehmbruch (1982) había formulado subdivisiones dentro del corporatismo, con objeto de captar mejor la realidad: por una parte, corporatismo sectorial como representación corporatista

¹³ En este número de *Zona Abierta*.

¹⁴ En este número de *Zona Abierta*.

de intereses que se limita a sectores específicos de la economía (con clientelas y ligado históricamente al «proteccionismo») y, por otra, concertación corporatista, que se distingue porque no hay un interés único con acceso privilegiado, sino varios antagonistas, y porque las organizaciones solucionan conflictos y coordinan su acción con la del gobierno, en relación con las necesidades sistémicas de la economía nacional (ligado en sus orígenes a la movilización de la guerra). Lehmbruch (1984) localiza empíricamente el corporatismo en dos ámbitos: sectorial y nacional (concertación) y, en línea con sus escritos anteriores, insiste en vincular la «concertación nacional» a la política, explícitamente al carácter de los partidos políticos. Profundizando en la relación entre ambas formas, avanza, como hipótesis, que la concertación es más fácil si hay tramas de corporatismo sectorial, cuyo modelo típico es tripartito, a pesar de que tal relación nunca se ha demostrado empíricamente.

Por último, las distinciones entre corporatismo liberal o social y autoritario o estatal, que él mismo y Schmitter habían formulado, son calificadas como heterogéneas, de uso limitado para el análisis empírico e incluso «en algunos aspectos erróneas» (Lehmbruch, 1984: 61).

Schmitter también comenzará a delimitar el nivel de los acuerdos corporatistas, que pueden ser macro, meso y micro, pasando a hablar de los «gobiernos de interés privado», título de una compilación de trabajos editados (Streeck y Schmitter, 1985).

La suerte del fenómeno corporatista

Schmitter rechaza ahora las explicaciones del corporatismo basadas en su «funcionalidad para el capitalismo» y apunta como un error las generalizaciones que señalan que el corporatismo es «un imperativo inexcusable de las contradicciones capitalistas en un momento dado de su desarrollo» o una salida inevitable de la «racionalización burocrática» (Schmitter, 1982).

A Philippe Schmitter le gustaba citar la vieja afirmación de Marx de que las sociedades sólo reconocen los problemas que tienen alguna oportunidad de resolver. Pero si, en 1974, Schmitter parecía compartir el espíritu optimista de la sentencia de Marx, en 1982, bastante menos optimista, señalaba cómo los

científicos sociales «tratan de explicar sólo los fenómenos que ya han cambiado en ese momento o que incluso han desaparecido» (Schmitter, 1982: 274). Ahora hablaba de las realidades normativas y se preguntaba si el neocorporatismo no era un «fugaz relámpago no sólo conceptual sino también empírico». Schmitter parecía desilusionado porque tras haberse «propagado tan rápidamente y habiendo llegado a estar de moda tan deprisa», las realidades tan novedosas sobre las que se había llamado la atención parecían esfumarse.

Explicar la desaparición empírica del corporatismo suponía entrar en el estudio de las contradicciones y en reconocer que la historia no termina en el corporatismo: «los acuerdos neocorporatistas se enfrentan a potenciales contradicciones que amenazan su continuidad, como todos los sistemas de representación y conciliación de intereses» (Schmitter, 1982). Este análisis de las fuentes de contradicción y del tipo de respuestas frente a los «acuerdos societales corporatistas» había sido planteado parcialmente con anterioridad (Schmitter, 1981), pero su visión de las contradicciones que podían llevar al colapso del corporatismo se centraba en la sociedad civil, en la parte social del acuerdo corporatista. Las contradicciones que se derivan de la quiebra del monopolio de la representación, bien sea por el desarrollo de nuevos intereses, por la rebelión de las bases, etc., son diversas, pero enuncia que «el cambio proviene de las resistencias, deserciones desde dentro de la sociedad civil, es decir, desde los grupos e instituciones económicas, sociales y culturales, y sus cálculos más o menos autónomos y racionales de sus propios intereses» (Schmitter, 1982: 273).

Lehmbruch había descartado la existencia de tendencias históricas hacia el corporatismo y señalaba también que quizá hubo un tiempo en que la aparición del corporatismo se veía como «una tendencia secular, que reflejaba los requisitos previos funcionales del capitalismo avanzado» (Lehmbruch, 1984: 60), si bien en nuestros días hay un amplio consenso sobre «lo contingente de los fenómenos descritos con la etiqueta de “corporatismo”». Además constataba el fracaso de los experimentos corporatistas y el retorno a las «estrategias gubernamentales basadas no en la cooperación con las organizaciones de intereses económicos», sino en su exclusión, y en la confianza en los mercados para garantizar la coordinación. Por tanto, el análisis «ha dejado bien claro que el “siglo del corporatismo” en modo algu-

no representa una tendencia secular de las economías políticas modernas» (Lehmbruch, 1984: 60).

Por fin, quedaba claro que «la idea de un “sistema” comprensivo, político o social, corporativo-asociativo es fundamentalmente equivocada» (Streeck y Schmitter, 1985: 28) ¹⁵.

El corporatismo y el Estado: opciones estratégicas

Schmitter apenas había enunciado la «posibilidad alternativa» de que los problemas que ponen en peligro la supervivencia de tales prácticas corporatistas podrían surgir desde dentro del propio «terreno político» y se conformaba con formular algunas preguntas sobre las actitudes de funcionarios y políticos que ven mermar su poder (productores de decisiones autorizadas y garantes del interés público).

Schmitter era criticado por su minusvaloración de lo político (Lane y Ersson, 1987). Argumentos no faltaban, dado que, aunque los «acuerdos neocorporatistas» son intercambios, él suponía que éstos sólo se podían romper en la organización de la representación, o como mucho en las relaciones de ésta con la estructura social, nunca en el intercambio entre las partes, en la negociación con el Estado. Hasta ese momento no había analizado la relación de intercambio en términos de igualdad-desigualdad entre los que intercambian, como, por ejemplo, hizo Offe (1981). Ni tampoco se consideraba el papel de la ideología, un factor que puede resultar decisivo en la configuración de las políticas públicas (Hall, 1986). Dicho en otros términos, el modelo seguía estando prisionero de la concepción social de la política que históricamente dominaba el pluralismo y que se denunciaba (Skocpol, 1985): se ignoraba la importancia del papel del Estado como productor de políticas, con efectos reales sobre la estructura social y de intereses y, por otro lado, se seguía viendo al Estado de una forma simplista, en términos generales (Birnbaum, 1982), como un todo unificado y homogéneo.

Una cierta revisión de esta visión del Estado como algo pa-

¹⁵ En general, los analistas españoles no señalan la discontinuidad y tratan el corporatismo como una aportación coherente y cerrada a lo largo del tiempo. Véase, por ejemplo, Giner y Pérez (1988) o Rodríguez Ibáñez (1990).

sivo llegará poco después, en un texto que parece una respuesta implícita a estas argumentaciones ¹⁶, donde se reconoce formalmente que el corporatismo necesita al Estado (condición necesaria, pero no suficiente), dado que los «acuerdos no pueden surgir sin su colaboración, sin su apoyo» (Schmitter, 1985). La distinción entre corporatismo social y estatal se esfuma definitivamente, dado que ambas necesitan al Estado, y el Estado y sus decisiones son la condición de posibilidad del corporatismo.

El corporatismo aparece ahora, claramente, como un intercambio político, un compromiso basado en un equilibrio. Y la condición de posibilidad de ese intercambio era la «autonomía estructural del Estado». Por tanto, los acuerdos neocorporatistas no son «ni el cálculo voluntarista de los funcionarios», ni «el proyecto hegemónico», son la «salida no intencional a conflictos de intereses y crisis políticas», cuando ninguno puede imponerse. Son «instrumentos políticos» para la resolución de conflictos, pero son instrumentos dentro de una gama potencialmente utilizable por el Estado, tales como la planificación o la programación pública. La razón de los acuerdos es la «conveniencia mutua» (y se descartan explícitamente los «micromotivos privados» o los «imperativos macro») en el intercambio. El problema de los acuerdos neocorporatistas se vincula entonces a «compatibilidad con los intereses del Estado» —de donde se deduce que el Estado puede tener intereses—, y la conveniencia mutua puede producirse por acuerdo, a través de una confrontación entre costes y beneficios.

De este modo el corporatismo queda confinado al terreno de las «opciones estratégicas de los gobiernos». Ahora se trata de estudiar las condiciones que influyen en las preferencias respecto a las diferentes estrategias. Las preferencias están forzadas por las estructuras institucionales de las políticas y los mercados. Desde un enfoque más modesto, muy parcial e integrador, se plantea cómo las redes de representación de intereses, que estabilizan la acción colectiva, son un elemento importante de las presiones institucionales que determinan las preferencias. Este argumento sintoniza con los enfoques institucionalistas como los que señalan que el corporatismo es una «acción estratégica del Gobierno para reducir su responsabilidad [el área de la política]» (Berger, 1985).

¹⁶ El texto de T. Skocpol circulaba en la academia desde 1982.

La concertación corporatista es un «intercambio generalizado», por la vía de la extensión de las prácticas originarias de la política de rentas (transferencia de la experiencia y suposiciones sobre la racionalidad de los actores y su capacidad de cálculo). En todo caso, en este juego de intercambio la institucionalización ayuda a la consolidación de las expectativas de cálculo. Sin embargo, el futuro de la concertación nacional aparece como dudoso, aunque el corporatismo sectorial podría tener más posibilidades. La práctica de arreglos corporatistas y la concertación disminuía en la realidad, y con ella el conflicto normativo con el pluralismo.

Las transformaciones del «paradigma» pluralista

Otro aspecto que contribuye a explicar el frenazo de la aproximación corporatista, además de su crisis empírica, son las transformaciones que se habían producido dentro del denominado campo pluralista en los setenta y ochenta, y que llevaban a hablar de «neopluralismo» o «pluralismo reformado» (Smith, 1990) ¹⁷. No puede decirse que Schmitter discriminase entre la diversidad de la literatura existente bajo la etiqueta pluralista, ya lo había demostrado con su indiferencia hacia los trabajos disponibles, a finales de los sesenta, sobre sectorialización, subgobiernos o «triángulos de hierro»; sin embargo, este autismo profesional resultó más dañino en el curso de los debates a medida que algunos de estos «pluralistas» realizaban aportaciones novedosas.

Por ejemplo, Richardson y Jordan (1979), que representan lo que se ha dado en llamar el «pluralismo reformado», aceptaban que las relaciones entre gobierno y grupos de interés están frecuentemente institucionalizadas y que hay ciertos grupos excluidos. La unidad de análisis para el estudio de la formación de políticas públicas no es el Estado globalmente considerado. El Estado es una colección de arenas políticas (*policy arenas*). Se utiliza el concepto de comunidades políticas (*policy communities*) como mecanismo de vinculación entre gobierno y grupos de interés. Y el tipo de relaciones podía moverse desde el pluralismo clásico hasta el pluralismo corporativo, donde se creaba

¹⁷ En este número de *Zona Abierta*.

una «comunidad política cerrada»; se reconocía que hay ciertas áreas competitivas y otras con acceso institucionalizado.

Por no hablar de otro ejemplo, como es Lindblom (1977), al que se ha calificado desde entonces como «neopluralista», que asumía la tradicional idea de la competencia de los grupos de interés, aunque señalando que unos pueden dominar un área y controlar las políticas; pero la idea más novedosa era que asumía que los «empresarios» tenían una posición privilegiada en las políticas públicas. Este nuevo argumento significó un cambio radical, porque aceptaba la existencia de «poder estructural» en la propia organización de la sociedad (poder que existe sin que se tomen acciones conscientes) ¹⁸. El argumento de Lindblom ponía sobre la mesa algunas ideas radicalmente nuevas, al menos para la tradición pluralista (1. acepta que existía poder estructural, no observable; 2. reconocía la posición privilegiada de los empresarios; 3. asumía la falta de pluralismo en muchas áreas; 4. diferenciaba entre temas principales y temas secundarios, y 5. señalaba el papel de la ideología), que Schmitter seguía ignorando.

EL FINAL DE LA «DÉCADA CORPORATISTA»

Los cambios que se habían desarrollado desde principios de los ochenta en el modelo corporatista iban a culminar un poco antes del final de la década. En una conferencia en honor de Andrew Shonfield —uno de los «precedentes del corporatismo moderno» y de los defensores del «corporatismo globalizante», según Schmitter—, procedió a matizar y a separarse de las interpretaciones más totalizadoras, como la de Shonfield y, quizá, la suya propia de 1974. El título de su intervención fue explícito «¡El corporatismo ha muerto! ¡Larga vida al corporatismo!» (Schmitter, 1989) ¹⁹.

Schmitter recuerda su propuesta, que no se ha seguido, de separar terminológicamente el conjunto de propiedades referidas a «las formas de estar organizados los intereses» (asocia-

¹⁸ El cambio era perceptible incluso para los que hacían análisis de clase (Manley, 1983). Véase la respuesta de Lindblom (1983) y Dahl (1983). Sin embargo, Schmitter no responde.

¹⁹ En este número de *Zona Abierta*.

bilidad corporativa) —*corporatismo*₁— de la «forma de tomar e implementar las decisiones» (concertación en el *policy-making*) —*corporatismo*₂—. Pero esta vez reconoce que las dos modalidades de corporatismo no siempre van juntas en la realidad, aunque posean un conjunto de propiedades lógica y empíricamente interrelacionadas. En todo caso el corporatismo «no puede ser todo para todo el mundo» y debe ser reconocido como «uno de los diversos modelos de política de intereses que pueden ser encontrados en las sociedades capitalistas avanzadas» (Schmitter, 1989); por lo tanto, el corporatismo no es una necesidad, es una elección, aunque una muy complicada y contingente.

Constata el declive empírico del corporatismo nacional y retoma el tema de los niveles del corporatismo, señalando la novedad histórica que significó el «diálogo sistemático» (tripartito) sobre las políticas macroeconómicas. Y afirma que, cuando esos hechos comenzaban a ser escasos, el papel del corporatismo local y sectorial parece ser más relevante, de ahí que proclame: «larga vida al corporatismo».

Reconoce que el corporatismo es una forma de manejar los «conflictos de intereses y los compromisos políticos en las sociedades capitalistas» y no es, *a priori*, más eficiente que otras, por lo que el corporatismo no es ni necesario ni funcional. Se pregunta sobre las variables y las condiciones que llevan a los actores sociales a cambiar sus preferencias (de corporatismo/concertación a pluralismo/presión) y vincula estos cambios al ciclo económico, lo que le hace manifestar sus esperanzas en «la larga vida del corporatismo» y esperar el «regreso» —porque quizá sea cíclico— del macrocorporatismo, de la concertación.

Schmitter, más que al declive del corporatismo como sistema de organización de los grupos de interés y de concertación, se refiere al declive de la eficacia del mismo; aunque, respecto a las perspectivas de su evolución, parece existir una tendencia a su transformación, al paso de la versión macro a la meso; ello porque la clave de la situación actual es la flexibilidad, y a través de los acuerdos macrocorporatistas no está claro que la flexibilidad no quede reducida.

Opone su postura a la de Shonfield, que veía con optimismo la expansión del corporatismo como resultado de la competición internacional. Para él, ahora, no cabe duda de que el corporatismo es más contingente que funcional, y supone que el modo

de organizar los intereses/tomar decisiones depende de la «herencia institucional del pasado y del poder de cálculo del presente» (Schmitter, 1989: 67).

En una sección titulada «Definiendo el corporatismo y situándolo dentro del campo de la Economía Política» intenta hacer un balance o resumen de los presupuestos y del valor analítico del concepto de corporatismo, en un esfuerzo que había comenzado en Schmitter (1985). La «aproximación corporatista» pasa a ser una de las subespecies de un amplio género de teorizaciones en la economía política que pueden definirse como «institucionalistas». Esto significa que la conducta no puede ser entendida exclusivamente como resultado de las «preferencias y elecciones individuales» o en términos de identidades colectivas (rechazo del individualismo metodológico y del holismo). Entre el mercado y el Estado queda espacio para modelos recurrentes de conducta colectiva, y el análisis de las instituciones que se forman es relevante. Con este planteamiento intenta engancharse a una tendencia académica en ascenso: el nuevo institucionalismo (Zysman, 1983; March y Olsen, 1984 ²⁰; Granovetter, 1985; Hall, 1986), del que también se reclaman los pluralistas (Almond, Flanagan y Mundt, 1992) ²¹.

Schmitter había enterrado el corporatismo globalizador en 1982, ahora ha enterrado la concertación empírica. Más adelante constata que el corporatismo está en descenso, también como «modelo de formación de políticas» (Schmitter, 1991), porque no siempre contribuye a la «flexibilidad». El corporatismo no desaparecerá, en la medida en que apoye la flexibilidad, pero la concertación global no permite esa flexibilidad, por lo que, en su opinión, está amenazada. Éstas son también las razones de la expansión del corporatismo micro y sectorial, y sintetiza los tres factores que en su opinión han sido claves en la evolución del corporatismo: el aumento de la competencia internacional, la transformación estructural de la clase obrera y los cambios en la afiliación y el asociacionismo. Streeck (1993) reconoce el declive del corporatismo, como sistema general de relaciones industriales caracterizado por la negociación centralizada, y afirma que los «experimentos neocorporatistas de los años setenta» pueden verse como intentos de preservar la inclu-

²⁰ En *Zona Abierta*, 63/64.

²¹ En *Zona Abierta*, 63/64.

sividad del trabajo que caracterizó a la economía política de la posguerra europea, bajo condiciones nacionales e internacionales crecientemente adversas.

La «concertación social es una subespecie del corporatismo» (Schmitter, 1991) y el corporatismo es un «estilo de intervención», sometido a algunas condiciones. Para que se produzca la concertación social es necesaria, aunque no suficiente, la acción del Estado, porque la concertación no es un producto natural del capitalismo maduro, que surja del mercado. A la concertación se le fijan unos objetivos que son el establecimiento de un proceso político continuado y repetitivo, para distribuir las ventajas entre los diferentes participantes. Sin embargo, ese «estilo de intervención» genera graves conflictos políticos (crea más problemas de los que resuelve) como son que: hace recaer los costes en terceros, exige que el Estado plantee aportaciones creíbles, absorbe legitimidad del Estado, etc. En definitiva, algunos (Eichengreen, 1994) han señalado que las condiciones (sistema de relaciones industriales) que garantizaron el éxito económico de la posguerra europea han pasado a convertirse, en los ochenta, en parte del problema.

PERSPECTIVA DESDE EL PRESENTE

A la hora de hacer un balance es difícil hacer justicia a un conjunto tan diverso y cambiante de literatura. Muchas opiniones críticas, que se han recogido con anterioridad, tienden a señalar debilidades en las posiciones de Schmitter, incluso a afirmar la inexistente aportación académica o la futilidad del debate. Quizá el corporatismo es ahora víctima de las mismas razones que favorecieron su éxito.

Por un lado, la relevancia normativa, para el funcionamiento de las democracias, de las tendencias que señalaba y la coyuntura en la cual los gobiernos trataban de definir los parámetros de una salida concertada (no conflictiva) a la crisis económica, puso de moda y, se podría decir, popularizó el debate. Hoy esa importancia práctica ha desaparecido, simultáneamente con la propia voluntad de desarrollar estrategias concertadas por parte de los gobiernos.

Por otro lado, las «predicciones» que parecían derivarse del argumento corporatista, la desaparición de las formas competi-

vas de representación de los intereses, no sólo no se cumplieron, sino que, en el período, fueron los monopolios representativos los que se erosionaron; y la recesión afectó a los ejemplares favoritos del argumento corporatista, a las asociaciones monopolistas de intereses por excelencia, a los sindicatos.

La mayor estabilidad y los mejores resultados económicos de algunos países parecían dar la razón a los acuerdos corporatistas. Sin embargo, pronto otros países, sin acuerdos corporatistas, superaron a los «corporatistas» en estabilidad política y, sobre todo, en resultados económicos.

La crisis de las realidades normativas a las que el corporatismo se refería se ha manifestado de forma contundente en el curso del debate y puede considerarse la causa principal de su declive, pero también una cierta crisis teórica se desarrollaba simultáneamente.

Dos temas han acosado al movimiento corporatista (Schmitter) desde el principio del mismo. Uno ha sido sus relaciones, en lo analítico y lo normativo, con el pluralismo. Otro, la concepción del Estado que operaba en el corporatismo y la autonomía de aquél. En el ejercicio de definir sus relaciones con el pluralismo, Schmitter fue criticado por contraponer a su idea del corporatismo una visión deformada y ciertamente «anticuada» de la tradición pluralista (Jordan, 1990), ello quizá con el objeto de parecer realmente distinto. Cuando Schmitter reivindicó la construcción de un paradigma alternativo al pluralismo no cabe duda que lo hacía de una forma alegórica, al menos en el terreno analítico. Él formaba parte del paradigma pluralista de la política de intereses y, de hecho, su concepto de corporatismo operaba de forma subordinada dentro de esa jerarquía conceptual. Los que esperaban que el corporatismo fuese «el paradigma alternativo al pluralismo», en términos kuhnianos, no pueden por menos que sentirse decepcionados. En todo caso, el ejemplo del corporatismo muestra que quizá las ciencias sociales evolucionan de una forma más gradual de lo que se acostumbra a pensar.

Si se repasa la aportación del debate corporatista en el terreno de los conceptos y de los modelos de alcance intermedio, la impresión que se obtiene, aunque muy contradictoria, ya no es totalmente frustrante.

Por un lado, la experiencia del debate corporatista nos llama la atención sobre los peligros que encierra la trasposición con-

ceptual que los *unconscious thinkers* (Sartori, 1970) practican estirando el concepto original hasta hacerlo perder su sentido e introducir connotaciones no deseadas. El corporatismo se situaba, al menos en el debate sobre los sistemas políticos autoritarios en Latinoamérica, como uno de los dispositivos posibles que utilizaba el Estado autoritario en el ejercicio de su dominación, aunque también se veía como un sistema de dominación política integral. Trasponer esos conceptos al debate europeo, sin reducir sus especificaciones, y aplicarlos a los fenómenos, más adelante delimitados como concertación, demostró los peligros y produjo como resultado una gran confusión conceptual. La deficiente construcción conceptual y su ambición «explicarlo todo» han dificultado su capacidad heurística. La tendencia a especular, a predecir un futuro «amenazante» para las democracias (lo que denominó «sobrepredicción») es también el resultado de una fijación del concepto en un campo demasiado amplio, macro y abstracto.

Aunque el argumento, que era demasiado amplio y parecía referirse a todos los intereses sociales y sectores, no era lo suficientemente comprensivo para servir como una teoría general de los grupos de interés, dado que, según se ha señalado, ignoraba sistemáticamente los grupos de interés contrarios al margen de la producción.

En realidad, nunca estuvo claro si existía algo más que un mero conjunto de definiciones y términos, porque no fijaron las formas en que esos conceptos se relacionaban unos con otros. Por ejemplo, no se explicitó cuál era la relación entre corporatismo (*corporatismo*₁) y concertación (*corporatismo*₂); aunque se afirmaba su simultaneidad y afinidad lógica, nunca fueron inteligibles los mecanismos causales que unían ambas problemáticas. Por eso, quizá algunos han tendido a ver de forma demasiado simplista, en Schmitter, la relación entre el *corporatismo*₁ y *corporatismo*₂, como una relación causal entre corporatismo y concertación (*corporatismo*₁ produce *corporatismo*₂). En el argumento de Schmitter parecía que existía una condición necesaria —corporatismo—, para el desarrollo de la concertación, pero pronto quedó claro que no era suficiente, y más adelante que incluso podría no ser necesaria.

Por otro lado, algo más positivo es que si con el uso del concepto en el campo de la representación de intereses se quería llamar la atención (otros ya lo habían hecho) sobre la exis-

tencia de situaciones donde los intereses no competían entre sí, donde existían monopolios e incluso eran reconocidos por el Estado, hoy ese objetivo puede darse por cumplido, quizá no tanto por la decisiva aportación de Schmitter como por la propia evolución del «paradigma pluralista», a la que Schmitter parecía insensible.

Quizá el mérito más relevante del debate corporatista fue contribuir, junto con otras aproximaciones, a un desplazamiento en las explicaciones desde el campo de los *inputs*, en los términos del análisis de los sistemas políticos, al de los *outputs* (Lange y Meadwell, 1985); todo ello en la medida en que los resultados pueden explicarse mejor por los arreglos institucionales dominantes que por los *inputs* en el sistema, esto es, las formas de organización de los intereses. En este giro el papel de Lehmbruch fue muy importante.

Si se quiere explicar algo, tanto las causas como los efectos de determinados resultados políticos, no cabe duda que lo primero que hay que hacer, antes que lanzarse a medir o teorizar, es esclarecer los conceptos y establecer relaciones claras entre ellos. Lehmbruch (1982) había señalado cómo corporatismo designaba tres fenómenos distintos analíticamente: *a.* el desarrollo y consolidación de las organizaciones de intereses centralizadas, con monopolio representativo; *b.* la concesión a estas asociaciones de acceso privilegiado al gobierno y el desarrollo de conexiones, más o menos institucionalizadas, y *c.* la «participación social» del trabajo organizado y de los empresarios dirigida a regular los conflictos entre ambos grupos, en coordinación con la política gubernamental (normalmente en forma «tripartita»).

En todo caso, lo realmente significativo del fenómeno europeo (incluso normativamente) no era la existencia de los monopolios de representación o el reconocimiento de un estatus semipúblico, sino que lo relevante era esa forma singular de hacer políticas públicas, en unos campos como concertación tripartita, por la que se establecía ese intercambio político. Y cuando se ha intentado explicar el desarrollo de estos fenómenos, de estas formas particulares de concertación, se han hecho avances más relevantes.

Por ejemplo, para dar cuenta de la variedad de la existencia de monopolios de representación de intereses, en el tradicional campo sindical, se han encontrado explicaciones más claras y parsimoniosas (Rothstein, 1992) del tipo institucionalista, que

atribuyen la existencia de sindicatos fuertes a un hecho pasado, la adopción de un determinado sistema de gestión del seguro de desempleo en los años treinta —el sistema Gante— frente a los países que optaron por el sistema estatal.

Otras aproximaciones a la comprensión de la concertación corporatista la asocian con las particularidades de los diversos sistemas políticos. El argumento sitúa la forma de representación de intereses denominada corporatismo, y sus implicaciones para la concertación, dentro de marcos más amplios desde el punto de vista político: la asociación entre concertación y corporatismo con las formas de democracia denominadas «consensuadas», frente a la conexión del pluralismo con las democracias mayoritarias (Lijphart y Crepaz, 1991; Crepaz, 1992). El análisis de las modalidades de corporatismo, como una variable dependiente de la existencia de democracia consensuada, parece abrir horizontes explicativos.

En todo caso, analizando las *causas* que favorecieron, en unos países y en un tiempo, la concertación generalizada, dos hechos parecen coincidir: el grado de influencia de la política de izquierda en el gobierno, porque «promover los intereses de la clase obrera dentro de la estructura del capitalismo es un ingrediente esencial para el éxito del corporatismo, ya que facilita la implicación de los sindicatos de una manera cooperativa» (Williamson, 1989: 151) ²². Y el tamaño del país, junto con el grado de apertura de su economía a los mercados mundiales, porque aparentemente, en los países pequeños, la menor diferenciación socioeconómica podría favorecer una mayor y más centralizada estructura de grupos de interés. Por ejemplo, Katzenstein (1984, 1985) señala que la apertura económica y la vulnerabilidad de los pequeños países a los cambios de coyuntura en la economía internacional son factores que contribuyen al desarrollo de acuerdos corporatistas como instrumento de protección colectiva frente al exterior. Tampoco debe olvidarse que tomando el conjunto de países europeos o los industriales avanzados, a un nivel más general, las tendencias dualistas son más claras que las corporatistas (Goldthorpe, 1984). Este tipo de argumentos articulados ya habían sido avanzados (Cameron, 1978) en la explicación de la expansión de la economía dependiente del sector público.

²² Citado por Rodríguez Ibáñez (1990).

La concertación corporatista es sólo una de las formas de participación en las políticas públicas que los sistemas de representación de intereses, tanto competitivos como con monopolio, pueden desarrollar. La formación de las políticas públicas ha pasado a ser explicada a través de nuevos conceptos. *Policy network* (por ejemplo, Rhodes y Marsh, 1992; Jordan y Schubert, 1992) sirve para explorar las relaciones entre la estructura institucional, la intermediación de los intereses, las elecciones de políticas públicas y su impacto. En este terreno, el corporatismo queda reducido a una variedad, a un caso, dentro de una tipología más amplia; las arenas políticas, que agregadas pueden vertebrar el sistema de políticas públicas, pueden ser pluralistas, corporatistas, clientelares, etc., es simplemente una cuestión empírica.

Los grupos de interés no han dejado de ser relevantes, influyen la política y cambian la percepción de la misma, pero lo hacen en el contexto de los intereses del Estado, los condicionantes externos, la organización del *policy making*, el poder estructural o los paradigmas políticos. Las capacidades de los Estados (Rueschemeyer y Evans, 1985), los límites estructurales, el papel de la ideología, los objetivos y la organización del gobierno surgen como otros factores determinantes de los resultados de las políticas públicas. En este marco «la creciente densidad de arreglos corporativos» (Crouch y Dore, 1990: 5) es un objeto de estudio de mayores implicaciones, porque significa o supone la existencia de «fallos del mercado o fallos del Estado».

Si las consecuencias que el corporatismo generaba ayer parecían contribuir a la estabilidad, gobernabilidad y eficiencia, hoy aparece —el corporatismo— como parte del problema, en la medida en que su existencia dificulte las condiciones de flexibilidad que las economías domésticas necesitan frente al nuevo entorno competitivo internacional.

REFERENCIAS

- Alford, R. A. y Friedland, R. (1985), *Powers of Theory. Capitalism, the State, and Democracy*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Almond, G. A. (1983), «Corporatism, Pluralism, and Professional Memory», *World Politics*, vol. xxxv, 2, enero, pp. 245-260.
- (1990), *A Discipline Divided. Schools and Sects in Political Science*, Newbury Park (Ca.)-Londres-Nueva Delhi: Sage.
- ; Flanagan, S. C. y Mundt, R. J. (1992), «Crisis, Choice, and Change in Retrospect», *Government and Opposition*, vol. 27, 3: 345-367 [«Crisis, elección y cambio», *Zona Abierta*, 63/64, 1993, pp. 45-72].
- Beer, S. (1956), «Pressure Groups and Parties in Britain», *The American Political Science Review*, vol. L, 1, marzo: 1-23.
- Berger, S. D. (1981), «Introduction», en S. D. Berger (comp.), *Organizing Interests in Western Europe: Pluralism, Corporatism, and the Transformation of Politics*, Cambridge: Cambridge University Press, pp. 1-23 [La organización de los grupos de interés en Europa Occidental, Madrid: Ministerio de Trabajo, 1989].
- (comp.) (1981), *Organizing Interests in Western Europe: Pluralism, Corporatism, and the Transformation of Politics*, Cambridge: Cambridge University Press [La organización de los grupos de interés en Europa Occidental, Madrid: Ministerio de Trabajo, 1989].
- (1985), «El conflicto social en la Francia socialista», *Papeles de Economía Española*, 25, pp. 464-475.
- Berins Collier, R. y Collier, D. (1979), «Inducements versus Constraints: Disaggregating "Corporatism"», *The American Political Science Review*, vol. 73, 4, diciembre, pp. 967-986.
- Birnbaum, P. (1982), «The State versus Corporatism», *Politics and Society*, vol. 11, 4, pp. 477-501.
- Cameron, D. R. (1978), «The Expansion of the Public Economy: A Comparative Analysis», *The American Political Science Review*, vol. 72, 4, diciembre, pp. 1243-1261.
- Cawson, A. (1988), «In Defence of the New Testament: A Replay to Andrew Cox, "The Old and New Testaments of Corporatism"», *Political Studies*, vol. xxxvi, 2, junio, pp. 309-315.
- (1989), «Is There a Corporatist Theory of the State?», en G. Duncan (comp.), *Democracy and the Capitalist State*, Cambridge: Cambridge University Press, pp. 233-252 [«¿Hay una teoría corporatista del Estado?», *infra*, pp. 109-136].
- Cohen, S. E. (1969), *Modern Capitalist Planning. The French Model*, Berkeley-Los Angeles-Londres: University of California, 1977.
- Cohen, Y. y Pavoncello, F. (1987), «Corporatism and Pluralism: A Critique of Schmitter's Typology», *British Journal of Political Science*, vol. 17, 1, enero, pp. 117-122.

- Collier, D. (1994), «Trajectory of a Concept: "Corporatism" in Latin America», en P. H. Smith (comp.), *Latin America in Comparative Perspective: Issues and Methods*, Boulder (Co.): Westview Press, en prensa.
- Cox, A. (1981), «Corporatism as Reductionism: The Analytic Limits of the Corporatist Thesis», *Government and Opposition*, vol. 16, 1, pp. 78-95.
- (1988a), «The Old and New Testaments of Corporatism: Is it a Political Form or a Method of Policy-Making», *Political Studies*, vol. XXXVI, 2, junio, pp. 295-308 [«Antiguo y nuevo testamento del corporatismo. ¿Una forma política o un método para elaborar la política pública», *infra*, pp. 85-108].
- (1988b), «Neo-corporatism versus the Corporate State», en A. Cox y N. O'Sullivan (comps.), *The Corporate State. Corporatism and the State Tradition in Western Europe*, Aldershot: Edward Elgar, pp. 27-47.
- Crepaz, M. M. L. (1992), «Corporatism in Decline. An Empirical Analysis of the Impact of Corporatism on Macroeconomic Performance and Industrial Disputes in 18 Industrialized Democracies», *Comparative Political Studies*, vol. 25, 2, junio, pp. 139-168.
- Crouch, C. (1979), «Estado, capital y democracia liberal», en C. Crouch (comp.), *Estado y economía en el capitalismo contemporáneo*, Madrid: Ministerio de Trabajo, 1988, pp. 11-64 [*State and Economy in Contemporary Capitalism*, Londres: Croom Helm, 1979].
- (1983), «Pluralism and the New Corporatism: A Rejoinder», *Political Studies*, vol. 31, 3, pp. 452-461.
- y Dore, R. (1990), «Whatever Happend to Corporatism?», en C. Crouch y R. Dore (comps.), *Corporatism and Accountability. Organized Interest in British Public Life*, Oxford: Clarendon Press, pp. 1-43.
- Dahl, R. A. (1966), «Epilogue», en R. A. Dahl (comp.) (1966), *Political Oppositions in Western Democracies*, New Haven-Londres: Yale University Press, pp. 387-401.
- (1983), «Comment on Manley», *The American Political Science Review*, vol. 77, 2, junio, pp. 386-389.
- y Linblom, C. E. (1953), *Politics, Economics, and Welfare*, Nueva York: Harper and Row (2.^a ed., 1976).
- Eckstein, H. (1960), *Pressure Groups Politics. The Case of the British Medical Association*, Stanford: Stanford University Press.
- (1992), «Brackground», en H. Eckstein (1992), *Regarding Politics. Essays on Political Theory, Stability and Change*, Berkeley-Los Ángeles-Londres: University of California Press, pp. 1-15.
- Eichengreen, B. (1994), «Institutions and Economic Growth: Europe after World War II», IR-IIS Colloquium, University of California at Berkeley, 26 de enero, borrador.

- Giner, S. y Pérez, M. (1979), *La sociedad corporativa*, Madrid: CIS.
- y — (1988), «Sobre el origen, naturaleza y modalidades de corporatismo», en M. Pérez y S. Giner (comps.), *El corporatismo en España*, Barcelona: Ariel, pp. 15-65.
- Goldthorpe, J. H. (1984), «The End of Convergence: Corporatist and Dualist Tendencies in Modern Western Societies», en J. H. Goldthorpe (comp.), *Order and Conflict in Contemporary Capitalism*, Oxford: Clarendon Press, pp. 344-366 [«El final de la convergencia: tendencias corporatistas y dualistas en las sociedades modernas occidentales», en J. H. Goldthorpe (comp.) (1984), *Orden y conflicto en el capitalismo contemporáneo*, Madrid: Ministerio de Trabajo, 1991, pp. 429-464].
- Granovetter, M. (1985), «Economic Action and Social Structure: The Problem of Embeddedness», *American Journal of Sociology*, vol. 91, 3, noviembre, pp. 481-510.
- Hall, P. A. (1986), *El gobierno de la economía. Implicaciones políticas de la intervención estatal en la economía en Gran Bretaña y Francia*, Madrid: Ministerio de Trabajo, 1993 [*Governing the Economy. The Politics of State Intervention in Britain and France*, Cambridge: Polity Press, 1986].
- Jordan, A. G. (1990), «The Pluralism of Pluralism: An Anti-theory?», *Political Studies*, vol. XXXVIII, 2, junio, pp. 286-301.
- y Richardson, J. J. (1987), *Government and Pressure Groups in Britain*, Oxford: Clarendon Press.
- y Schubert, K. (comps.) (1992), *Special Issue on Policy Networks. European Journal of Political Research*, vol. 21, 1-2, febrero.
- Katzenstein, P. J. (1984), *Corporatism and Change. Austria, Switzerland, and the Politics of Industry*, Ithaca (NY): Cornell University Press [*Corporatismo y cambio. Austria, Suiza y las políticas industriales*, Madrid: Ministerio de Trabajo, 1987].
- (1985), *Small States in World Markets. Industrial Policy in Europe*, Ithaca (NY): Cornell University Press [*Los pequeños Estados en los mercados mundiales. Política industrial en Europa*, Madrid: Ministerio de Trabajo, 1987].
- Lane, J. E. y Ersson, S. (1987), *Politics and Society in Western Europe*, Londres-Beverly Hills (Ca.): Sage.
- Lange, P. y Meadwell, H. (1985), «Typologies of Democratic Systems: from Political Inputs to Political Economy», en H. J. Wiarda (comp.), *New Directions in Comparative Politics*, Boulder (Co.)-Londres: Westview Press, pp. 80-112.
- Lehmbruch, G. (1967), «A Non-competitive Pattern of Conflict Management in Liberal Democracies: The Case of Switzerland, Austria and Lebanon», en K. D. McRae (comp.) (1974), *Consociational Democracy. Political Accommodation in Segmented Societies*, Toronto: McClelland and Stewart, pp. 90-97.

- (1974), «Consociational Democracy, Class Conflict, and The New Corporatism», en P. C. Schmitter y G. Lehmbruch (comps) (1979), *Trends Toward Corporatist Intermediation*, Londres: Sage, pp. 53-61 [«Democracia consociacional, lucha de clases y nuevo corporatismo», *Papeles de Economía Española*, 22, 1985, pp. 445-450].
- (1977), «Liberal Corporatism and Party Government», *Comparative Political Studies*, vol. 10, 1, abril, pp. 91-126.
- (1982), «Introduction: Neo-Corporatism in Comparative Perspective», en G. Lehmbruch y P. C. Schmitter (comps.), *Patterns of Corporatist Policy-Making*, Londres-Beverly Hills: Sage, pp. 1-29.
- (1984), «Concertation and the Structure of Corporatist Networks», en J. H. Goldthorpe (comp.), *Order and Conflict in Contemporary Capitalism*, Oxford: Clarendon Press, pp. 60-80 [«La concertación y la estructura de las redes corporatistas», en J. H. Goldthorpe (comp.) (1984), *Orden y conflicto en el capitalismo contemporáneo*, Madrid: Ministerio de Trabajo, 1991, pp. 95-123].
- y Schmitter, P. C. (comps.) (1982), *Patterns of Corporatist Policy-Making*, Londres-Beverly Hills: Sage.
- Lijphart, A. (1968a), «Consociational Democracy», *World Politics*, vol. XXI, 1, octubre, pp. 207-225.
- (1968b), *The Politics of Accommodation: Pluralism and Democracy in the Netherlands*, Berkeley-Los Ángeles: University of California Press.
- y Crepaz, M. M. L. (1991), «Corporatism and Consensus Democracy in Eighteen Countries: Conceptual and Empirical Linkages», *The British Journal of Political Science*, vol. 21, 2, abril, pp. 235-246.
- Lindblom, C. E. (1977), *Politics and Markets*, Nueva York: Basic.
- (1983), «Comment on Manley», *The American Political Science Review*, vol. 77, 2, junio, pp. 384-386.
- Lowi, T. J. (1969), *The End of Liberalism. Ideology, Policy, and the Crisis of Public Authority*, Nueva York: W. W. Norton.
- Manley, J. F. (1983), «Neo-Pluralism: A Class Analysis of Pluralism I and Pluralism II», *The American Political Science Review*, vol. 77, 2, junio, pp. 368-383.
- March, J. G. y Olsen, J. P. (1984), «The New Institutionalism: Organizational Factors in Political Life», *The American Political Science Review*, vol. 78, 3, septiembre, pp. 734-749 [«El nuevo institucionalismo: factores organizativos de la vida política», *Zona Abierta*, 63/64, 1993, pp. 1-43].
- Moore Jr., B. (1966), *Social Origins of Dictatorship and Democracy. Lord and Peasant in the Making of the Modern World*, Boston: Beacon Press.
- Nedelmann, B. y Meier, K. G. (1977), «Theories of Contemporary Corporatism: Static or Dinamic?», *Comparative Political Studies*, vol. 10, 1, abril, pp. 39-60.

- O'Sullivan, N. (1988), «The Political Theory of Neo-corporatism», en A. Cox y N. O'Sullivan (comps.), *The Corporate State. Corporatism and the State Tradition in Western Europe*, Aldershot: Edward Elgar, pp. 3-26.
- Offe, C. (1981), «The Attribution of Public Status to Interest Groups: Observations on the West German Case», en S. D. Berger (comp.), *Organizing Interests in Western Europe: Pluralism, Corporatism, and the Transformation of Politics*, Cambridge: Cambridge University Press, pp. 123-158 [«La atribución de un estatus público a los grupos de intereses: observaciones sobre el caso de Alemania Occidental», en S. D. Berger (comp.) (1981), *La organización de los grupos de interés en Europa Occidental*, Madrid: Ministerio de Trabajo, 1989, pp. 155-197].
- (1988), «Neocorporativismo. Notas acerca de sus presupuestos y de su significación democrática», en C. Offe, *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales*, Madrid: Sistema, pp. 133-161.
- Pahl, R. y Winkler, J. (1974), «The Coming Corporatism», *New Society*, vol. 30, 627, 10 de octubre, pp. 72-76.
- Panitch, L. (1980), «Recent Theorizations of Corporatism: Reflections on a Growth Industry», *The British Journal of Sociology*, vol. 31, 2, junio, pp. 159-187.
- Pardo, R. (1987), «El “neocorporativismo” como paradigma de la Sociología Política», *Arbor*, 496, febrero, pp. 51-84.
- Pérez, M. y Giner, S. (1985), «Corporativismo: el estado de la cuestión», *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 31, julio-septiembre, pp. 9-45.
- Polanyi, M. (1962), «The Republic of Science. Its Political and Economic Theory», *Minerva*, vol. 1, 1, otoño, pp. 54-73.
- Rhodes, R. A. W. y Marsh, D. (1992), «Policy Networks in British Politics. A Critique of Existing Approaches», en D. Marsh y R. A. W. Rhodes (comps.), *Policy Networks in British Government*, Oxford: Clarendon Press, pp. 1-26.
- Richardson, J. J. y Jordan, A. G. (1979), *Governing under Pressure. The Policy Process in a Post-Parliamentary Democracy*, Oxford: Martin Robertson.
- Rodríguez Ibáñez, J. E. (1990), «De la crisis de legitimación al corporativismo: las paradojas políticas de las sociedades contemporáneas», *Revista del Centro de Estudios Constitucionales*, 6, mayo-agosto, pp. 219-252.
- Rokkan, S. (1966), «Norway: Numerical Democracy and Corporate Pluralism», en R. A. Dahl (comp.) (1966), *Political Oppositions in Western Democracies*, New Haven-Londres: Yale University Press, pp. 70-115.
- Rothstein, B. (1992), «Marxism and Institutional Analysis: Working-Class Strength and Welfare State Development in Sweden», en D. E.

- Ashford (comp.) (1992), *History and Context in Comparative Public Policy*, Pittsburgh-Londres: University of Pittsburgh Press, pp. 85-115.
- Rueschemeyer, D. y Evans, P. (1985), «The State and Economic Transformation: Towards an Analysis of the Conditions Underlying Effective Intervention», en P. Evans, D. Rueschemeyer y T. Skocpol (comps.), *Bringing the State Back In*, Cambridge: Cambridge University Press, pp. 44-77.
- Sartori, G. (1970), «Concept Misformation in Comparative Politics», *The American Political Science Review*, vol. LXIV, 4, diciembre, pp. 1033-1053.
- Schmitter, P. C. (1971), *Interest Conflict and Political Change in Brazil*, Stanford: Stanford University Press.
- (1973), «The “Portugalization” of Brazil?», en A. Stepan (comp.), *Authoritarian Brazil. Origins, Policies and Future*, New Haven-Londres: Yale University Press, pp. 179-232.
- (1974), «Still the Century of Corporatism?», *The Review of Politics*, vol. 36, 1, enero, pp. 85-131.
- (1977), «Modes of Interest Intermediation and Models of Societal Change in Western Europe», *Comparative Political Studies*, vol. 10, 1, abril, pp. 7-38.
- (1979), «Introduction», en P. C. Schmitter y G. Lehmbruch (comps.), *Trends Towards Corporatist Intermediation*, Londres: Sage, pp. 1-6.
- (1981), «Interest Intermediation and Regime Governability in Contemporary Western Europe and North America», en S. D. Berger (comp.), *Organizing Interests in Western Europe: Pluralism, Corporatism, and the Transformation of Politics*, Cambridge: Cambridge University Press, pp. 287-327 [«La mediación entre los intereses y la gobernabilidad de los regímenes en Europa Occidental y Norteamérica en la actualidad», en S. D. Berger (comp.), *La organización de los grupos de interés en Europa Occidental*, Madrid: Ministerio de Trabajo, 1989, pp. 353-402].
- (1982), «Reflections on Where the Theory of Neo-Corporatism Has Gone and Where the Praxis of Neo-Corporatism May Be Going», en G. Lehmbruch y P. C. Schmitter (comps.), *Patterns of Corporatist Policy-Making*, Londres-Beverly Hills: Sage, pp. 259-279 [«Reflexiones sobre adónde ha ido la teoría del neocorporatismo y sobre adónde podrá ir la praxis del neocorporatismo», *Papeles de Economía Española*, 24, 1985, pp. 451-463].
- (1983), «Democratic Theory and Neocorporatist Practice», *Social Research*, vol. 50, 4, invierno, pp. 885-928.
- (1985), «Neo-corporatism and the State», en W. Grant (comp.), *The Political Economy of Corporatism*, Londres: MacMillan, pp. 32-62 [Schmitter, P. C. (1985), «Neocorporatismo y Estado»,

- Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 31, julio-septiembre, pp. 47-78].
- (1989), «Corporatism is Dead! Long Live Corporatism!», *Government and Opposition*, vol. 24, 1, invierno, pp. 54-73 [«¡El corporatismo ha muerto! ¡Larga vida al corporatismo!», *infra*, pp. 61-84].
 - (1991), «La concertación social en perspectiva comparada», en Á. Espina (comp.), *Concertación social, neocorporatismo y democracia*, Madrid: Ministerio de Trabajo, pp. 67-80.
 - (1993), «Autobiographic Reflections on How to Live With a Conceptual Albatross Around One's Neck», ECPR Joint Sessions, Liden, abril, 1993, borrador [«Confesiones de un pirata conceptual», en A. Rigoberto Ocampo (comp.), *Teoría del neocorporatismo. Ensayos de Philippe C. Schmitter*, Guadalajara (Mé.): Universidad de Guadalajara, 1992].
 - y Lehmbruch, G. (comps.) (1979), *Trends Towards Corporatist Intermediation*, Londres: Sage.
- Shonfield, A. (1965), *Modern Capitalism. The Changing Balance of Public and Private Power*, Londres-Oxford-Nueva York: Oxford University Press, 1969.
- Skocpol, T. (1979), *States and Social Revolutions*, Cambridge: Cambridge University Press [*Estados y revoluciones sociales*, México: FCE, 1984].
- (1985), «Bringing the State Back In: Strategies of Analysis in Current Research», en P. Evans, D. Rueschemeyer y T. Skocpol (comps.) (1985), *Bringing the State Back In*, Cambridge: Cambridge University Press, pp. 3-43 [«El estado regresa a primer plano: estrategias de análisis en la investigación actual», *Zona Abierta*, 50, 1989, pp. 71-122].
- Smith, M. J. (1990), «Pluralism, Reformed Pluralism and Neopluralism: the Role of Pressure Groups in Policy-Making», *Political Studies*, vol. xxxviii, 2, junio, pp. 302-322 [«Pluralismo, pluralismo reformado y neopluralismo. El papel de los grupos de presión en la elaboración de políticas», *infra*, pp. 137-170].
- Streeck, W. (1993), «The Rise and Decline of Neocorporatism», en L. Ulman, B. Eichengreen y W. T. Dickens (comps.), *Labor and an Integrated Europe*, Washington DC: The Brookings Institutions, 1993, pp. 80-101.
- y Schmitter, P. C. (1985), «Community, Market, State —and Associations? The Prospective Contribution of Interest Governance to Political Order», en W. Streeck y P. C. Schmitter (comps.), *Private Interest Government: Beyond Market and State*, Londres: Sage.
 - y — (comps.) (1985), *Private Interest Government: Beyond Market and State*, Londres: Sage.
- Westergaard, J. (1977), «Class, Inequality and "Corporatism"», en

- A. Hunt (comp.), *Class and Class Structure*, Londres: Lawrence and Wishart, pp. 165-186.
- Williamson, P. J. (1989), *Corporatism in Perspective*, Londres: Sage.
- Wilson, F. L. (1983), «Interest Groups and Politics in Western Europe. The Neo-Corporatist Approach», *Comparative Politics*, vol. 16, 1, octubre, pp. 105-123.
- Winkler, J. T. (1976), «Corporatism», *Archives Européennes de Sociologie*, vol. xvii, 1, pp. 100-136.
- Zysman, J. (1983), *Governments, Markets and Growth. Financial Systems and the Politics of Industrial Change*, Ithaca-Londres: Cornell University Press.

